



→ **SUMARIO** ←

CARLOS MIRANDA
De parranda.

JOAQUÍN D'ICENTA
La virtud.

J. ALCAIDE DE ZAFRA
Cantares.

EL CONFESONARIO
Artículos de **PAQUITA CORREA** y
MANOLETE

EDUARDO ZAMACOIS
Querer.

ENRIQUE DE MESA
Erótica.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
Cinturones de castidad.

LUIS DE TERÁN
Besos.

LEOPOLDO BEJARANO
A las puertas del barén.

JACINTO CARMÍN
Películas.

E. RAMÍREZ ANGEL
Un «Club» de Terribles» (folletín).

TOVAR, CYRANO,

SANTIESTEBAN y ALFONSO

«Retratos y caricaturas de Pepita Meliá, Luis a Orión, Paquita Correa, Manuel Rodríguez. «Postales de don Escarín», etc.



5

cénts.

PEPITA MELIÁ



«Innocuos censura potest permittere lusus: lasciva est nobis página, vita proba est.»

MARCIAL.—EPIGRAMAS

Señor fiscal: «Magüer» tanta denuncia como hay sobre ella, con ó sin motivo, la verde HOJA DE PARRA no renuncia su carácter festivo.

Cultivaremos, pues, la *verdocracia*—de nuestro enorme público delicia—ya que es nuestra misión la de hacer cual la de usted *justicia*. [*gracia*,

Al cuarto y quinto números (sonrojo da el decirlo) aplicóseles el texto de la Ley; mas el duro lápiz rojo nos ha faltado al sexto.

En cambio, es muy posible que á estas [horas nos dé el tal lápiz otra lección «suave» de moral (que es un árbol que da moras, como usted muy bien sabe).

¿Que qué vamos á hacer ante la fiera suerte?... Llegar de la verdura al colmo, porque pedir que enrojezcamos fuera pedir peras al olmo.

Nuestra HOJA no es *La Pera* ni *El Fan-periodiquillos* de infeliz memoria, [*dango*, que á los acordes lúbricos de un tango pasaron á la Historia.

No. No son estas HOJAS volanderas amigas del desgarrar y del desecoco... Señor fiscal: ¡aquí no hacemos *Peras* ni *Fandangos* tampoco!

Clamen don Escartín y don Dalmacio contra la sicalipsis triunfadora, y expáandase en el tiempo y el espacio su voz atronadora.

Pero dejen que en tono más modesto nuestra HOJA DE PARRA les recuerde, que una cosa es lo sucio y deshonesto y otra cosa lo verde.

Hacia el bien unos y otros caminamos, aunque «ambulemos» por distintas sendas; y aquí, señor fiscal, nunca faltamos al decoro á sabiendas.

Nuestros principios en moral son estos dos, en lós cuales la virtud se informa de nuestras almas: en el fondo, honestos, y verdes en la forma.

Huiremos, pues, de la opresora garra fiscal, ¡que no tendemos al suicidio!... Mas dar muerte á la pobre HOJA DE PARRA, ¡sería un *parricidio*!... [RRA,

Carlos Miranda



El consumidor: ¡Y pensar que desde el 1.º de Julio ya no podremos meterlas el pincho!...

LA VIRTUD

MANO á mano discutíamos. ¿De qué? De lo que pueden discutir cuando no riñen ó se aburren, una mujer fácil y bonita y un hombre mundano, luego de un almuerzo en que ni escasearon las viandas ni faltaron los vinos. De amor hablábamos; de ese amor que está al alcance de todos los corazones y de todos los seres humanos, porque se detiene en la superficie del sentimiento, y busca, como principalísimo premio, goces rápidos é impresiones picantes. No disutiendo amores, porque antes dije mal: mostaceando deleites futuros, estábamos Eugenia y yo en el elegante comedor de la casa, bebiendo deseos el uno en los ojos del otro, y apurando á sorbos lentos y abundantes, sendas copas de vino de Champagne.

Era Eugenia una deliciosísima criatura.

La naturaleza, maestra admirable cuando pára atención en sus obras, la había modelado irreprochablemente para los objetos á que debía servir en el mundo. Esbelta, fuerte, blanca de piel, con el pelo y los ojos tan negros como encendidos los labios y blancos los dientes, con el cuerpo tan pronto á las languideces súbitas y á los súbitos encrespamientos del deleite, como la boca á la risa y los labios al beso,

resultaba una compañera insustituible para un viaje de amor, para un viaje corto, se entiende, no hablo del viaje de la vida.

Ella y yo habíamos emprendido ese viaje corto, almorzando juntos y haciendo la primera parada formal en los postres, mientras el Champagne fermentaba en las copas y el café hervía en su recipiente de acero.

—Mira, para el café—dijo Eugenia— voy á traerte una botellita de Chartreuse especial, regalo del conde, tomaremos un par de copas y... ¡á vivir!

—Envuelta en un periódico y todo, como la traje el hombre—añadió Eugenia cuando volvió á su sitio—, traigo yo la botella. ¡Ea! desenvuélvela y llenaré las copas.

Desenvolví de la botella el periódico que la guardaba, y

mientras mi amiga servía el Chartreuse, fijé mis ojos en las letras impresas del diario.

Era de fecha ya remota. Mi vista dió sobre un telegrama de Sevilla que relataba el suicidio de una obrera, de una pobre muchacha que, obligada á mantener á los suyos y despedida de una fábrica, padeció, la miseria primero, el hambre propia y la de su familia después, y tomó al cabo la resolución de tirarse por el puente, de

NUESTRAS COCOTAS



LUISA ORDÓÑEZ

Triana abajo, para sepultar sus desdichas en las aguas del Guadalquivir.

La impresión de tristeza que aquella noticia vieja me produjo, debió reflejarse en mi cara, porque Eugenia, deteniendo la botella en el aire con un brazo, y rodeando con el otro mi cuello, me preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada—repuse—. He leído distraídamente este periódico, y ¡mira qué tontuna! el conocimiento de una desventura acaecida hace ya meses me ha quitado el humor.

—¿Qué has leído?— me volvió á preguntar Eugenia.

—Léelo—contesté alargándole el trozo de periódico.

También la hermosísima cara de Eugenia manifestó tristeza, mientras su boca delectaba el trágico suceso; también en sus ojos, siempre alegres, brilló un destello de melancolía.

—¡La miseria! ¡El hambre!— exclamó.— ¡Qué quieres! Ese es el porvenir de todas las trabajadoras. Llega un día en que falta el trabajo y no tiene una más remedio que tirarse de cabeza al río ó tirar la vergüenza en mitad de la calle... Yo hice lo segundo; esa pobre chica, lo primero. ¡Valiente tonta! ¡Tirarse al río!... ¡Bah!...

¿Para qué?... Mejor es lo otro; por lo menos, mientras dura la juventud, una se divierte... Siendo joven, ¿por qué se tiraría al río esa chica?...

Eugenia quedó un momento pensativa, y luego, alzando en alto la copita llena de Chartreuse, dijo como hablando consigo misma:

—¡Puede que fuese fea!...

Joaquín Dicenta



CANTARES

Era muy malo el negocio,
y así de mal me salió;
ella sólo daba el cuerpo,
¡y el cuerpo y el alma yo!

A mí me gusta sentir
el chorrito de la fuente
cuando me voy á dormi.

Mira tú si por quererte
será el llorar mi destino,
que ya por mi cara han hecho
las lágrimas un camino.

¡Qué cosas el tiempo jase!...
Ahora cuando me la encuentro
me aparto para que pase.

J. Alcaide de Zaira





El Confesionario

PAQUITA CORREA



Este del arte se va poniendo cada día más difícil.

Antes para ser una buena tiple bastaba con saber cantar, declamar un poquito y tener un buen palmito, sobre todo esto último.

Ahora es preciso, además, saber escribir un artículo diario. Los endiablados periodistas se han empeñado en complicarlo todo y á ese fin abren encuestas, piden *interviews* y se complacen en mortificarnos con su prurito de que le hemos de contar al público todo lo que hacemos y lo que pensamos. ¡Mire usted que querer enterarse de lo que piensa y hace una mujer!

Y si fuera esto sólo, pero la otra mañana estaba yo en la cama, soñando con aplausos y flores, con ovaciones y piropos, cuando un fuerte campanillazo me despertó sobresaltada.

Ya iba á recuperar el sueño, pensando que era el carbonero ó el chico de la carnicería, cuando entra mi doncella y me dice que un periodista joven preguntaba por mí.

La muchacha trató de convencerle de que yo no estaba para visitas, pero el buen señor se empeñó en que había de verme y no hubo más remedio que complacerle. Eso sí, le di un plantón regular.

Medio adormilada á pesar de una ablución de agua fresca y envuelta en una *matinée* salí á ver qué quería el posma.

¡Una friolera! Me pidió un retrato, me hizo más preguntas que el tío del padrón municipal y no me exigió que le enseñara la cédula personal y el certificado de estar vacunada, porque debió comprender que si seguía así acababa yo por llamar á los guardias.

Para contera me exigió en plazo breve y perentorio que le escribiese un artículo, diciendo cuáles eran mis opiniones á propósito del amor, los hombres y el arte.

Y voy á cumplir mi promesa.

Del amor no puedo decir nada, porque hasta ahora no lo he sentido; sólo recuerdo que hace unos años se enamoró de mí un empresario viejo, gordo y feo, y que por huir de sus persecuciones anduve haciendo viajes por media España.

Ahora he sabido que el despechado carcamal se ha hecho de la Liga antipornográfica, y que se ha abonado al Trianon Palace.

Respecto á los hombres... sólo uno me gusta, y ése ¡ay! no lo sabe.



PAQUITA CORREA

Paquita Correa

MANOLETE



A *verdá*, señores, que hay días aciagos que no debían amanecer y uno de esos fué el del domingo pasado.

Estaba yo más *ilusionao* que una *mosita* con novio, pensando en los fillices y guapezas que iba á *jacer* en la *plasa* é Madrid, cuando entró en mi *arcoba* mi *moso* de estoques y me dió la mala nueva de que se había *suspendío* la *corría* por ser chico el *ganao*, ¡*Mardito* sea el queso!

Ar demonio se le ocurre mandar *chivatos* en lugar de toros, sabiendo que íbamos á *torear* *Mazzantinito*, *Gaona* y *mangue*, *trestoreros* con la mar de *lao* izquierdo y *muchismas* ganitas de agradar al público madrileño.

Tentao estuve de agarrar unas *tijeras* y cortarme la *coleta*, pero como soy un *gachó* *mu reflexivo*, pensé que tal *ves* me pesara y muchas *jembras juncas* llorarían al saber que me la había *cortao*.

Desidío á dejarla crecer *cá* día más, me puse á *tararear* *tóo* el repertorio de *Eslava* cuando unos *gorpesitos* en la puerta volvieron á sacarme de mis *casillas*.

Entró la *chica* de la *fonda* (que aquí *pá* entre nosotros es un *cro*) y me dijo que querían verme dos señoritos *periodistas* bastante *pin*tereros.

A ló primero pensé mandarlos á *paseo*, pero no hubo forma, porque como quien está en su casa me se *colaron* un tal *Gó-*

mez Hidalgo, que *tié* un bigote rubio la mar de largo y uno que *disen* *Lezama*, que también lo tiene largo, pero negro.

Yo me quedé *pasmao* cuando me dijeron que tenía que escribir un artículo *pá* *LA HOJA DE PARRA* contando al público mis *aventurillas* amorosas.

¡*La mare* é Dios, yo un artículo, cuando apenas si escribo á la familia!

Y además *pá* un periódico que *tóos* los días lo lee *don Dalmasio* *pá* denunciarlo. ¡*Cá*, mi amigo, *usté* se ha *equivocao*!

Eso de escrituras se *quea* *pá* *Mazzantini* y los que han *tentío* tiempo y *gan*as de estudiar.

Total, que me defendí como gato *tripa* arriba.

—Pero ¿qué les voy á contar, si en eso de mujeres he *sío* más blando que un pan francés? ¡Si fué el *Machaco* ó *Bienvenida* ó cualquier otro *mataor* de esos que *hasen* más daño en el bello *serxo* que el tífus!

Pero no hubo *tía*; los *condenao*s chicos de la prensa se pusieron *pelmas*.

Menos mal que á *tóo* esto fueron entrando en mi cuarto la mar de amigos y

toa mi *cuadrilla*, y *entonses* entre unos y otros recordamos algunos *susedíos* curiosos.

Y les conté que en una ocasión yendo de *juerga* con varios *afisionaos* y un *revis*tero *mu simpático*, *mu gracioso* y *na*sío en *Jaén* (¿saben *ustés* quién es *ya*?), *entremos* en un *colmao* donde estaba *toman*do *manzanilla* una *muchacha* más *presio*-



MANUEL RODRÍGUEZ

sa que un sol y que era hija de un torero tan *desgrasiao* que jamás pescaba una contrata.

Yo, es claro, me puse de palique con la *mosita*, y no sé si sería la simpatía, ó el calor, ó que la chavala se pirraba por la canela, el caso fué que la cosa se animó, que estábamos más *pegaos* que dos obleas, y que del asiento debía salir *jumo*.

Tan y mientras el padre, *enterao* de que tenía un peón de mi cuadrilla enfermo, hacia locuras de oratoria con el revisitero *pa* convenserle de que *pa* mí era un verdadero *negosio* llevármelo á torear por esas *plajas* de Dios.

Frente á nosotros uno de mis banderilleros, más *quemao* que un pisto manchego, contemplaba las cositas que la niña y yo nos traíamos entre manos, cuando en esto va el padre de la *interfesta*, y le dice:

—¿Verdá, tú, que *Manolete* tié un *bujero* que tapar?...

No pudo acabar; el *gachó*, que en lo que menos pensaba era en la cuadrilla, se encasquetó el cordobés, y soltando un terno, gritó:

—¡Repuñales, ya se ve que tié un *bujero* que tapar, y que no tardará mucho!

Aquella misma noche el *bujero* estaba *tapao*, y el *pare* más contento que unos palillos.

Otro *lanse* me sucedió en *Barcelona*. Había *estao mu* bien toreado. Al acabar con mi último bicho, una señora de esas que quitan la *cabesa* se arrancó del pecho un manojito de claveles, lo ató con un pañolito de *sea* que tenía un perfume que *hasta* es-tornudar, y me lo tiró á la arena.

No *hasta sinco* minutos que estaba en la fonda, de *vuelta* de la *plasa*, cuando me se presenta la individua, que venía por su pañuelo y por el *mataor*.

Negro me vi para convencerla de que yo no quería jaleo porque al otro día tenía que torear, y no conviene cometer excesos la *vispera*.

La *Manolita*, así se llamaba, que era una cocota de esas con casa propia y dos ó tres automóviles, acabó por ceder, pero como estaba aquel día por los que peinan coleta, yo, para quitármela de *ensima*, se la endosé á uno de mis *picaores*, gachó *capás* de clavar una puya en los leones del Congreso.

El varilarguero y la suripanta salieron de naja *p'al* hotel en que vivía la sultana, y yo me quedé unas miasjas pensativo. Lo que me pasó no lo sé, pero yo agarré mi sombrero y eché á andar dispuesto á recuperar la alhaja.

Llegué á la casa, dije á la *donsella* que quería hablar con la señora, y al poco rato volvía la criada *disiendo* que la señora estaba con *Manolete*.

Por poco me vuelvo loco y me tiro á la *donsella* *pa* ahogarla.

Otra vez, en Francia, en un pueblo que se llama Dax, una gachí se enamoró de mí y se empeñó en raptarme, y una tarde montó en bicicleta y yo subido en el eje de la rueda de atrás me dejé llevar á una casita enmedio del campo. Allí estuve tres días dando vueltas con ella; pero era mucha bicicleta, y cuando regresé tenía la mar de agujetas y parecía un difunto. ¡Aquello no era mujer, era la fiera corrupta!

Con decirles á *ustés* que me tuve que pasar una semana en la cama y que por poco la *diño* *p'al* otro barrio.

Desde entonces la tengo la mar de asco á la bicicleta pensando en el tute que me di en Dax.

¡Cómo me puso el cuerpo! ¡*Tó desollao!*

Y como éstas les conté á los dos periodistas la mar de historias, y yo salí del compromiso pidiéndole á la Verónica que no se metan los de la Liga ni el fiscal con el *probesito*

Manuel Rodríguez Manolete



—Arturito, ¿conque usted es también de la Liga?

—Eso dicen, pero si usted se empeña me desligo...

QUERER

JACINTA.—Veintisiete años, viuda; menudita de cuerpo, pero incitante, graciosa, con la cabeza orlada de cabellos indómitos que forman alrededor de la frente un nimbo de oro, y un rostro pálido de noctámbula custodiado por ojos grandes que sueñan y dicen muchas cosas.

BALTASAR.—Estudiante de aritmética, soltero, de veinticinco años. Es de regular estatura, tiene un entrecejo reflexivo, y cree que las pasiones humanas, como las

Epoca: Junio, mes de exámenes y de vigilia laboriosas.

Son las diez de la noche.

BALTASAR. (*Cierra el libro de aritmética mercantil con un brusco movimiento de cólera y se asoma al balcón.*)—¡Puf!, qué calor!... ¡Al diablo las matemáticas!...

Permanece con las manos apoyadas sobre la barandilla y el busto erguido, sumergiendo sus miras dascuosas en un gabinete de la casa frontera. Es una habitación espaciosa, amueblada con una cómoda y varias sillas de rejilla. En un ángulo aparece un lecho de hierro, muelle y blando, que trae á los sentidos el recuerdo de la mujer. Hay luz.

JACINTA. (*Se asoma suspirando con aire distraído.*)—¡Ay, qué pena!

B.—Vecina, buenas noches.

J.—¡Hola, vecino!

B.—¿Está usted triste?

J.—¡No sé... tal vez!...

El calor me hace daño.

(*Pausa.*) ¿Está usted solo?

B.—¡Con el demonio!

J.—¡Jesucristo! ¿Lodice usted por mí? (*Rte con aire ingenuo.*)

B.—No está mal observado eso, porque usted, en efecto, es un demoncio tentador... Pero yo aludía á la aritmética mercantil.

J.—¡Ah!... ¿Estudia usted mucho?

B.—Muchísimo... Aunque estoy convencido de

que el aprender es cosa de ignorantes.

J.—¡Naturalmente!... (*Pausa.*) ¿Cuándo se examina usted?

B.—Dentro de ocho ó diez días. Si usted fuese buena, pediría al cielo me o orgase en este durísimo trance inteligencia y buena suerte.

J. (*Con tristeza.*)—¿Qué falta hacen mis oraciones?... ¡Habrà tantas niñas bonitas que recen por usted!...

B.—¡Ni una!



Don Dalmacio paseando con el traje que él pedía para los redactores de LA HOJA DE PARRA.—(Apunte del natural).

operaciones de banca, pueden reducirse á números. Para él, cualquier sentimiento está contenido en la fórmula algebraica: $A : B :: C : X$. De donde A... Etcétera, etcétera.

La escena ocurre en una de esas callejas del antiguo Sevilla donde los vecinos pueden darse la mano de balcón á balcón, y sobre las cuales los aleros de los tejados, cubiertos de amapolas y jaramagos, recorran un angosto retal de cielo azul.

J.—¡Embusterón!

B.—Que me toquen en suerte, si miento, las tres lecciones peores del programa.

J.—¿De verdad?

B.—De verdad.

J.—No insisto. Pero, veamos; ¿es creíble que un muchacho así, como usted... simpático y no feo del todo, viva sin novia?

B.—Sí... Teniendo en cuenta que el corazón del galán está ocupado.

J.—¡Ah!

B.—Yo, vecina queridísima, estoy enamorado locamente.

J.—¿De quién?

B. (*Ingenuo.*) De una mujer.

J.—Lo supongo. (*Rte.*)

B. (*Animándose á echar fuera un secreto que desde hace tiempo anda hormigueándole por el cuerpo.*)—Lo extraordinario es que ella, la interesada, desconoce mi pasión.

J.—¿Por qué?

B. Porque... aún no he hallado coyuntura para decirselo.

J.—¡Tonto!... Esas ocasiones se buscan.

B.—¿Y si no se hallan?

J.—Se buscan mejor.

B.—¿Y si quedo chasqueado?

J.—¡Inocente!... Todas las mujeres tenemos en nuestra vida un cuarto de hora...

B.—Durante el cual...

J.—Durante el cual oímos, sin ausentarnos, el disparate de mayor calibre... (*Pausa.*)

B.—¿Y su señora madre?

J.—Durmiendo.

B.—¿Está usted sola?

J.—Sí. ¿A qué viene eso? (*Provocativa.*)

B. (*Bajando la voz y mirando á todas partes, como temeroso de ser oído.*)—Lo que usted no sabe es que yo estoy enamorado hace mucho tiempo de... (*Vacila.*)

J.—¿De quién?

B.—De usted.

J.—¿De mí! ¡Eso tiene muchísima gracia! (*Rte.*)

B. (*Con apasionamiento.*)—Pero así, como usted lo oye, enamorado ciegamente. Y no seré yo quien, metido en este fregado, renuncie á la victoria sin antes haber quemado el último cartucho.

Prosiguen hablando en voz muy baja, revelándose mutuamente secretos dulcísimos. De la quería con pasión. Ella también

le miró siempre con buenos ojos. La conversación dura hasta el amanecer.

B.—Según eso, quedamos en vernos mañana aquí, á la misma hora.

J.—Esto es.

B.—Y en que me quiere usted mucho...

J.—Mucho...

B.—Hasta mañana, pues, Jacintita.

J.—Vecino, buenas noches...

Han pasado ocho días. Durante este tiempo la pasión de los enamorados ha crecido. Baltasar comprende que para Jacinta, la hora azul de las concesiones ha llegado ya. La plaza está rendida á discreción para tomarla, por tanto sólo falta librar un asalto definitivo. El estudiante, sin embargo, no se atreve. El balcón de Jacinta está algo más bajo que el suyo, y la calle es tan solitaria y tan estrecha, que podría pasar del uno al otro sin grave riesgo de sus huesos... Pero le preocupan la vuelta, la perspectiva de una caída y los puños de un hermano de Jacinta que, según dicen, es hombre arrebatado y de armas tomar.

Llega la noche. La situación es de aquellas que no admiten aplazamientos. Jacinta se muestra algo molestada por el inexplicable comedimiento del mozo. Baltasar comprende llegado el momento de elegir entre la puente y el vado. La joven aparece en el balcón vistiendo una bata azul



--¡Señoritos! ¡Una limosnita por amor de Dios! ¡Miren que se lo pido de rodillas!

cuyos pliegues exaltan y magnifican las ampulósidades de las caderas y del seno.

B. (*Prosiguiendo una conversación interesante.*)—¿Y tu madre?

J.—Como siempre, durmiendo.

B.—¿Suele despertar durante la noche?

J.—Nunca.

B.—¿Y tu hermano?

J.—En Tablada, viendo los toros que han de lidiarse mañana. (*Pausa embarazosa.*)

B.—¿Me quieres mucho?

J.—Con toda mi alma.

B.—¿Qué serías capaz de hacer por mí?

J.—El mayor de los sacrificios. ¿Y tú?...

B.—¿Yo?... (*Titubeando*) Yo también.

J. (*Éxaltándose.*)—Daría mi vida por ti.

B.—Por una caricia tuya sacrifico la mía.

El calor y el interés del diálogo aumentan: Jacinta invita al mancebo á que salte el balcón; él, acostumbrado á refrenar sus deseos, no se atreve.

J.—La operación es muy fácil.

B.—No lo creas.

J.—¡Cómo!... ¿Abriendo los brazos no llegas hasta aquí?

B.—Seguramente.

J.—Pues en ese caso, todo se reduce á que echés el cuerpo fuera de tu balcón.

B.—Bien.

J.—Y luego, una vez agarrado á la barandilla del mío, te dejas deslizar.

B.—Conformes.

J.—Como mi balcón está más bajo que el tuyo...

B.—Precisamente por eso no me atrevo á ejecutar los prodigios funambulescos que pides.

J.—¿Por qué?

B.—Porque... al ir, no hay peligro; pero, ¿y luego, para volver?...

Hay una pausa; una de esas pausas solemnes en que las mujeres enamoradas lo conceden ó lo niegan todo.

J. (*Indignándose.*)—¿Y tú estás loco por mí?

B. (*Con aplomo.*)—Sí.

J.—¿Estás loco y ya, antes de venir, estás preparando la vuelta?...

B. (*Desconcertado.*)—Te diré... te diré...

J. (*Riendo sarcásticamente.*)—Pues mira, niño, los hombres tan prudentes como tú me disgustan. ¡Más vale que no vengas!...

Y cerró la ventana.

ERÓTICA

Cayó sobre tu espalda
la llama de tu pelo,
y quemó la blancura
su ondulación de fuego.

Entre los áureos rizos,
por el amor deshechos,
yo ví calientes, húmedos,
brillar sus ojos negros.

Sin desmayar, erguidos,
redondos, duros, tersos,
temblarán los montones
de nieve de tus pechos.

Y de amor encendida,
estremecido el cuerpo,
con amorosa savia
sus rosas florecieron.

El clavel de tus labios
brindaba miel de besos,
y fué mi boca ardiente
abeja de tus pétalos.

De la crujiente seda
que resbálara al suelo,
emergió su blancura
tu contorno supremo.

Y al impulso movido
de ardoroso deseo,
se cimbró entre mis brazos
y quedó prisionero.

Me abrasaban tus ojos,
me quemaba tu aliento...
y apagó las palabras
el rumor de los besos.

Eduardo Zamacois

Enrique de Mesa

GINTURONES DE CASTIDAD

HOY á LA HOJA DE PARRA esta fotografía, que es lo más pornográfico que he encontrado por el mundo, lo que de seguro no sobrepasa las tribus de la región de los lagos africanos, lo que no tiene ni la gracia de esos tatuajes, que no sólo se encuentran en el vientre de las tarántulas. Es un objeto de la pornografía triste, negra, estancada; la pornografía de los placeres solitarios, estáticos, tediosos de las gentes que hacen en verdad sacrificios humanos obligando á los seres á ser su piara, y á extinguirse en un voraz fuego artificial; pornografía de enfermedad, de enfermedad interna y secreta, sin esa úlcera que en las otras previene y salva.

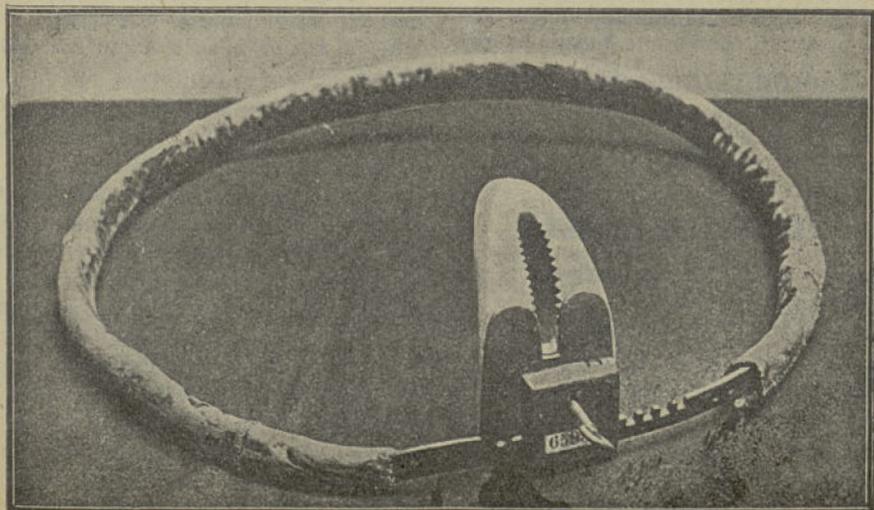
En viejos libros, hipócritas y canallas he estudiado la historia de los cinturones de castidad. El origen de ellos fué una reunión prócer á puerta cerrada de viejos doctores en Teología, hijos todos del pecado original. En aquella ocasión se dijeron cosas absurdas y dolorosas, queriendo hacer hermética á la mujer, que no podrá serlo nunca, porque su florecimiento no es

cuestión de órgano, sino de voluntad; una formidable voluntad, que recobraría su fresón maravilloso en su nuca, en su frente ó en sus pies, haciéndonos obtener en cualquier sitio lo que se celara del modo más definitivo, y cicatrizado en todo el resto.

Ya punto antes de la clausura, á uno de los venerables, que tenía fábrica de fundición, se le ocurrió lo del cinturón de hierro, y comenzó su uso secreto y sádico.

La doble virginidad de que se ampararon las mujeres como una enorme provocación inició en los hombres la más formidable tentación, la que hace doler la cabeza, la de los sobrados pensamientos, la de las bascas, y la que sugiere el deseo matrimonial, el deseo de conciencia, que es lo más concupiscente que hay en los hombres. Hubo muchos matrimonios; por lo tanto, esos robos sin fraude.

En seguida se inventaron las llaves falsas, las ganzúas, los cortafrios, y como *coffre-forts* eran abiertas y desvalijadas las mujeres. Sin embargo, se castigaban con tan duras penas esos robos con fractura y, por lo general, con la agravante de la



nocturnidad, que las personas decentes que temen y acatan la ley buscaron el subterfugio á ella en vez de violarla, y según he podido comprobar por confianza de los supervivientes de aquella lejana época, basearon las vueltas al cinturón, y fué trapería la ofensa en lo inerme y en lo descuidado. Un doctor se queja á este propósito de que no se recelara más que de los hombres leales que ó roban de frente en buena lid ó no roban.

Se conoció en seguida la enfermedad de los cinturones de castidad, una enfermedad visionaria y febril que se curaba con algo así como con permanganato y el sublimado al cien por cien. De un modo alarmante comenzaron los cinturones de castidad á venir estrechos de cintura á muchas mujeres, de un modo invencible y dañino, y en medio del asombro público se pensó en el milagro, en el mal de ojo y en las predicciones judías. En los viejos y discretos infolios al hablar de esto se achaca al linfatismo y al óxido de hierro. También sucedió que ya connaturalizadas las mujeres á ellos en su segunda generación, las recién nacidas aparecieron con cinturón de castidad.

Y ante todos estos peligros, y con el temor que sugirió la nueva doctrina de que la «función crea el órgano», los bisnietos de los del consejo doctoral decidieron suprimir el cinturón de castidad, lo más sórdido de la pornografía, lo que ni las mismas prostitutas han usado jamás.

Ramón Gómez de la Serna



BESOS

Bésame más... así... más todavía...
 ¡me debes tantos besos!
 Págame con tus labios generosos
 los que te adelanté con el deseo.
 Por mucho que me beses,
 nunca en paz estaremos...
 Cuando me hayas pagado los antiguos,
 me deberás los nuevos.

luis de Terán

A LAS PUERTAS DEL HAREN

La danza del vientre

BEN-HAUTSI es un «marrueco» delicioso. Bebe ajenjo como cualquier francés, jura igual que un carretero de Castilla y sabe bien sabido que eso de las huries del Profeta es una dulce chunga de Mahoma para que sean buenecitos en la tierra. Las huries se las procura él donde las encuentra á mano y hasta sospecho que pone la mano siempre donde le consta las encuentra. Si el Profeta en el otro mundo está haciendo colección de vírgenes para regalo de los creyentes que las merezcan, Ben-Hautsi le dificultará no poco la tarea.

Hace unos días el amigo me invitó á una juerga nocturna con todas las de la ley; kuz-kuz en plato, pierna de cordero aromatizado, vino en jarras y moras al natural.

—A falta de tocador de vihuela llamaremos á un tocador de «guembrik». Las «soleares» no las echarás mucho de menos, porque el cante nuestro se le parece bastante, y para consolarte de la ausencia del garrotín haremos que se bailen mis pañanas una danza del vientre. ¡«Por Díó grande» que no pierdes en el cambio!...

Y allá fuimos, al zoco, en un cochecillo desvenejado que protestaba de nuestra perversión dando terribes tumbos, y con unos cuantos francos en el bolsillo por sí la cosa lo merecía.

Cuatro moras, no feas, con los ojos terriblemente pintados con «cohol» y ceñidos los cuerpos serpentinos en estofas de brillantes colores nos aguardaban en el patio de una casita perdida entre palmeras. Una fontana de mármol en el centro del patio murmuraba una canción de amor: acaso la «Stella confidente». Una vieja de Tlémcen—el cucurucho que llevan en la cabeza las hace inconfundibles—murmuraba también no sé qué cosas; acaso maldiciones para el perro cristiano.

¡Y cuidado que puse empeño en no empezar mancillando las paredes ni las hembras para evitar que me llamasen per!ro

Ben-Hautsi, generoso y hospitalario, puso las cuatro niñas á mi completa disposición, y comprendiendo que lo que más me chocaría había de ser lo de la danza clásica, pulsó el «guembrik» para marcar la tonadilla.

Súbito ante mis ojos asombrados se ofrecieron desnudas y lujuriantes las evocaciones vivas de la Elena de los Troyanos, cuya memoria ha maldecido el poeta Stesicose; de Lucrecia, la patricia violada por los reyes; de Dalila, la que cortó los cabellos á Sansón; de aquella hija de Israel que se abandonó á los machos cabrios después de haber cantado en todas las plazuelas y de haber besado todos los rostros...

¡Oh, las impúdicas hermanas de mis progenitores, agitándose á merced de la ma-

quinilla infernal que ocultaban en sus tersos vientres!

Espirales, elipses, círculos concéntricos... La Geometría que tantos sudores me costó ante el tribunal del Instituto, dejándome suspenso y corrido una vez más...

Desfalleciera si Ben-Hautsi, advirtiéndolo, no cesa en su tocata, ordenando á las esclavas que me ofrecieran la pierna.

Al alba, cuando los gallos cantaban en las corralizas, Fatma, palpitante y rendida, me preguntaba en árabe purísimo:

— Cristiano, dueño mío, ¿hay al otro lado de los mares quien mueva el vientre como tu agarena?

Y yo, ahito de kuz-kuz y de caricias, hube de responderla en dormi-vela:

— ¡Pues no ha de haber, mujer! La Carabaña.

Leopoldo Bejarano

Orán-Junio-911.

28

E. RAMÍREZ ANGEL

dir la presencia, raras veces oportuna, de un guarda, ó la, por mil conceptos respetable pero extemporánea, de un caprino.

Base 33.^a Por último, una Comisión especial designada, mientras no esté impreso el *Manual del perfecto enamorado*, se encargará de facilitar cuantas composiciones poéticas y demás instrucciones necesiten los socios.

X.—DISOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD

Base 34.^a y final. La disolución de la Sociedad sólo podrá acordarse en Junta general extraordinaria, por arrepentimiento unánime de los socios—que formarán una Comunidad de carácter ascético—ó por tumulto público con la consiguiente lluvia de palos.

En este caso, un poco desolador, los fondos de la presente sociedad se distribuirán por partes iguales entre el Hospicio y la Casa de Maternidad.

Madrid y Enero de 1910.—*Es copia.*

En nombre del Ponente, que no sabe escribir,

E. Ramírez Angel.

Biblioteca Regional de Madrid

E. RAMÍREZ ANGEL

29

decimiento medular, parálisis parcial progresiva, mielitis, avariosis, erotomanía, satiriasis, priapismo y cualquiera de esas variedades patológicas que tan amenos hacen los tratados médicos. Además, se colocarán los retratos de estos ilustres socios—tan consecuentes y apasionados—en el Salón principal de actos, y la Comisión correspondiente publicará sus biografías en el Boletín órgano de la sociedad.

IX.—DE LA BIBLIOTECA

Base 31.^a La Base 10.^a de los presentes Estatutos insinúa la idea, que el Reglamento ampliará, de iniciar una serie de publicaciones para uso de los asociados y del público en general. Estas obras, más las similares ó afines que el Club adquiera, formará la base de la Biblioteca, en cuya formación prevalecerá un decidido propósito de educación enciclopédico-amorosa. Desde el *Cantar de los Cantares*, hasta el *Arte de elegir mujer*, de Mantegazza; desde el *Arx amandí*, de Ovidio, hasta los *Disjustillos de la vida conyugal*, de Balzac; desde *La Celestina* hasta *El trust de los tenorios*,

PELICULAS

POCAS personas importantes salimos este año.

— Casi ninguna.

— Es que cada año vamos teniendo menos salidas.

— Está todo muy malo, Amparo.

— El verano oficial se hace cada vez más difícil; no hay quien costee el viaje de una señorita... de compañía, como en los años anteriores.

— Los hombres pierden por años sus aficiones artísticas. Ya apenas hay «aficionados».

— La culpa es de esos vejesterios que predicán contra las diversiones. Si yo pillara á uno de ellos...

— ¡Ay! lo mismo digo: uno de esos que tienen tanto...

— ¡Qué barbaridad!

— ¡Que tienen ahorrado más oro que pesan, mujer!

— Ya.

— ¿Y Arturito?

— No hables de ese monstruo.

— ¿Por qué?

— Se ha jugado cuanto tenía.

— ¿Y te ha dejado?

— No, le he dejado yo á él, para no abusar. ¿Y tu León?

— Estará en la Casa de fieras.

— ¿También le has dejado?

— Me dejó él á mí por un chico alemán...

— ¿Eh? Será por una chica alemana.

— Un chico alemán que ha tomado relaciones conmigo y quiere llevarme á un pueblo muy dificultoso de su país.

— Es un partido.

— Pero, tengo que pensar muy despacio si me conviene ó no el cambio de lengua. ¡Aquel tuno de León es tan esteta, ó como digan eso!...



El método Górrils, *La alegre Trompetería* y *El Club de las mujeres*; desde el *Decamerón* y *El herrador*, hasta las *Memorias del Marqués de Sade*, las del abate Brantome, *La Venus de las pieles* y *Las Evas del Paraíso*, todo cuanto, en fin, ha producido la musa picaresca con los balbuceos de Joan Roiz y las morbosas barbaridades de Jean Lorrain; la musa lírica, con los madrigales de Gutiérrez de Cetina y las rimas de Paül Verlaine, la musa caballeresca, la severidad clásica, la arrebatada fantasía de la escuela romántica, la pestilencia fascinadora de los noveladores realistas y la serenidad un poco marmórea de los parnasianos; los *Manuales de Higiene* secretamente redactados por V. Suárez Casañ y los tratados de Estética de un Juan P. Ritcheher ó un Mario Pilo; *El arte de adelgazar*, y las prosas de una Diana de Pongy; todo esto y algo más que por no disponer en este momento de un cuco diccionario enciclopédico escapa á nuestra memoria, deberá nutrir la referida Biblioteca. Así, en cualquier minuto, el socio robustecerá, orientándolas, sus condiciones exqui-

sitas de enamorado, ora guste de emular á un Brummel, á un Petronio ó á un Morote, ora le precise conocer las raras virtudes de la cantaridina, el langostino, la menta, el almizcle, la trufa (1), el masaje, los baños templados, la música, los perfumes, etc., entre los más desacreditados y socorridos afrodisíacos.

Base 32.^a Igualmente se procerá á la confección de una guía de la Villa y Corte, —con su plano correspondiente—, en la que se detallarán los parajes recónditos ó poco conocidos favorables al amor en sus más ricas y pintorescas manifestaciones.

Solo de esta suerte completará todo socio su deleitoso á la par que rudó aprendizaje, poniéndose en condiciones de elu-

(1) Brillat-Savarin (cuyas provechosas advertencias prodigadas en su *Fisiología del gusto*, deberán conocer los socios) no confiaba mucho en el poder genésico de la trufa; pero era de opinión que, en ocasiones, puede hacer más tolerantes á las mujeres y más persuasivos á los hombres. Ojo, pues, con la sabrosa criadilla de tierra.

—¿Oyes, Julito?
—¿Qué, mujer? Déjame dormir, por Dios, que me tienes frito.

—¿Oyes? ¡Otro!
—¿Otro? ¿Qué otro?
—Serénate, hombre: otro cañonazo.
—¿Qué cañonazo ni qué...?
—¿Por qué habremos salido de Madrid? Aquí no se come ni se descansa. Siempre con el alma en un hilo.

—Dos cuando menos.
—No te burles. Anda, escucha...
—Pero, Rosita, mira que vamos á enfermar. ¡Vamos á dormir!
—Un bombardeo sería horrible en Navalcarnero.

—Y en cualquier otro punto; aunque en Navalcarnero es mucho más temible; porque pudiera ser por tierra y por mar... Este es punto naval; como Navalmoral, Navalperal y Fuencarral, tierra naval ó navero de suyo.

—Es imposible alternar contigo.
—¡Esposa de mi alma!...
—No eres un hombre serio.
—¡No, no! Ni lo permita el Cielo.



—Otros años, en estos meses, se forman compañías cómico-líricas para recorrer algunas estaciones balnearias. Compañías de género fresco, ligero; y este año, nada.

—No hay humor para fiestas, amado Teótimo.

—Según: hay comediantes que viven y sacan buenos beneficios de ellas.

—¿Cómicos?
—Líricos y económicos.
—¡Aquí lo que hace suma falta es un noventa y tres!

Un ciento, hombre. ¿Para qué hemos de andar con economías?

—Un sesenta y nueve y basta — apunta una triple que forma en el corro.

—¡Elena!
—¿No fué la revolución el sesenta y nueve?

—Fué el sesenta y ocho.
—Bueno, el sesenta y nueve por un punto.

—¿Recuerdas el año pasado?
Ya lo creo; ¡qué buenos ratos pasamos en aquel teatro tan fresquito! ¡Qué buena temporada aquella!

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

Para LA HOJA DE PARRA, tan amante de la mujer y de sus buenas formas, siguen siendo espectáculos recomendables los que nos ofrecen *Trianon Palace*, *Príncipe Alfonso*, *Salón Madrid* y *Romea*.

En estos lindos salones se respiran aires de juventud, belleza y gracia.

LA HOJA DE PARRA, en la persona de sus redactores, no se da punto de reposo, y cuando no está palmoteando á la vista de la hermosa gitanaza Amalia Molina, ó de la simpática y preciosa Carlota Paisano, aplaude furiosamente á la sugestiva artista *La Goya*.

Esta preciosa complementista, que canta, baila, declama y viste como pocas artistas de París lo hacen, llena de público el *Trianon Palace*, y su trabajo puede ser contemplado hasta por los señores de la Liga, sin que ninguno de sus empingorotados miembros se alborote lo más mínimo, y tiña sus cándidas mejillas el arrebol de la vergüenza.

Otro espectáculo recomendable, aunque no sea teatral, nos lo ofrecen esas empecatadas hijas de Eva, que, al llegar al verano, van adoptando modelos de figurines muy parecidos al de su señora mamá, que da nombre á esta Revista.

Gracias al calor ¡bendito seas! los escotes son cada día más pronunciados y las curvas se acentúan por no impedirlo la antipática ropa interior.

Veán, pues, nuestros queridos lectores cómo para pasar un buen verano no es preciso derrochar un capital, basta con ver una sección de cualquier *cine*, alquilar una silla de Recoletos y comprar LA HOJA DE PARRA.



PRÓXIMO CONCURSO

En nuestro número próximo anunciaremos un interesantísimo y sugestivo concurso, que, seguramente, ha de ser muy del agrado del público de LA HOJA DE PARRA.

Los premios serán en metálico, conque animense nuestros lectores y que el sábado próximo no se sepa que ha quedado en Madrid y provincias una persona de tan mal gusto que no haya comprado LA HOJA DE PARRA.

De fijo la compra hasta don Dalmacio.

Jacinto Carmin

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.
Biblioteca Regional de Madrid

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA ***

* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—Apartado de Correos 547, MADRID

MANUEL GONZALEZ SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios**, de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo**. De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal**. De provincias, por carta.

CENTRO PERIODISTICO DE JOSÉ LERIN

Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—Envíos de periódicos y libros á provincias

Agua de la belleza

PRODIGIOSO DESCUBRIMIENTO

Hermosea el rostro, dejándole terso, blanco, de suave color y con la brillantez de la juventud. Nadie puede advertir su uso.

En las perfumerías de lujo, al precio de 5 pesetas en Madrid y 6 en provincias.—Único depósito en España: **Jacometrezo, 40 y 42, José Andreu**.

SANTALINO

GAYOSO

(Cápsulas de Sándalo y Salol alcanforado) para la curación de la **Blenorragia, Cistitis, catarros de la Vejiga** y todos los flujos de los órganos genitales sin necesidad de inyecciones, 4 pesetas frasco (4,50 por correo) en las principales farmacias de España y América. **F. GAYOSO, Arenal, 2, Madrid**.

Fotografiado de A. VAZQUEZ

Perfección * Rapidez * Economía * **COLEGIATA, 7, MADRID**

PULSERAS DE PEDIDA

desde 40 pesetas. Véanse en los escaparates de **García Guerra, hijo**.

LUNA, 3

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo y gárganta**, les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin**.

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

ALMA GUASONA

Por **JUAN PEREZ ZUNIGA**

2 pesetas.